

# Trabajo Social y el ambiente: comprendiendo a las personas y el lugar.<sup>1</sup>

Michael Kim Zapf

PhD, Profesor, Facultad de Trabajo Social, Universidad de Calgary, Calgary, AB

## RESUMEN ●●●

Como profesión con un enfoque declarado hace mucho tiempo en la persona en el ambiente, se podría esperar que el trabajo social desempeñe un rol de liderazgo en los esfuerzos interdisciplinarios para abordar las amenazas ambientales al bienestar humano y su existencia continua, sin embargo, la profesión generalmente ha permanecido en silencio o menos relevante. Este trabajo explora las negligencias pasadas y presentes del ambiente natural dentro del trabajo social convencional. Se examina la prolongada perspectiva de la persona en el ambiente en busca de limitaciones que inhiben la comprensión de los problemas ambientales y el desarrollo de estrategias efectivas. Se consideran entendimientos alternativos del ambiente desde especializaciones dentro de la profesión y disciplinas relacionadas. El trabajo concluye con indicaciones hacia nuevos modelos de práctica incorporando una visión de las personas como el lugar que pueden ayudarnos hacia una misión más amplia de aprender a vivir bien en un lugar.

## ABSTRACT ●●●

As a profession with a long-standing declared focus on person-in-environment, social work might be expected to play a leadership role in interdisciplinary efforts to tackle environmental threats to human well-being and continued existence, yet the profession has generally been silent or less than relevant. This paper explores past and present neglect of the natural environment within mainstream social work. The profession's longstanding person-in-environment perspective is examined for constraints that inhibit understanding of environmental issues and the development of effective strategies. Alternative understandings of the environment from specializations within the profession and related disciplines are considered. The paper concludes with directions toward new models of practice incorporating a view of people as place that may help us towards a broader mission of learning to live well in place.

1. Traducción del artículo "Social work and the environment: Understanding people and place" publicado en la revista *Critical Social Work*, Vol 11 No 3 (2010). Traducido por Felipe Vivar Jelic y Paulina González Lagos.

Los seres humanos pueden estar entrando en tiempos muy difíciles con la degradación y potencial destrucción de nuestro mundo natural sustentable. Colectivamente, podemos estar enfrentando un cambio fundamental en los valores y enfoques para vivir “en este planeta” y “con este planeta”. Los gobiernos están comenzando a responder. Hay sugerencias de que la sociedad podría estar en las etapas iniciales de la construcción de un estado ambiental, así como creamos el estado de bienestar en el siglo pasado (Meadowcroft, 2007). ¿Qué relevancia tiene el trabajo social a medida que la humanidad se enfrenta a estos graves desafíos? Como una profesión con un enfoque continuamente declarado en la persona en el ambiente, se esperaría que el trabajo social desempeñe un rol de liderazgo en las etapas de planificación de cualquier nuevo estado ambiental. Sin embargo, generalmente, hemos guardado silencio sobre estas graves amenazas al bienestar de la humanidad y la continuidad de su existencia.

¿Cómo se ha percibido y conceptualizado el entorno físico en el núcleo y márgenes de la disciplina del trabajo social? ¿En qué medida nuestras estrategias fundamentales de evaluación e intervención han incorporado el entorno físico? ¿De qué manera podría nuestro lenguaje, nuestras suposiciones y nuestros enfoques convencionales de construcción de conocimiento estar limitando nuestra capacidad de percibir conexiones entre las personas y el mundo que habitamos? Este trabajo intenta abordar estas importantes preguntas y concluye que es tiempo (o que ya pasó el tiempo) de que el trabajo social vaya más allá de nuestra metáfora convencional de la persona en el ambiente hacia un nuevo paradigma, una nueva comprensión de la relación entre las personas y el entorno físico.

Morito (2002) clarificó una distinción importante entre pensar sobre ecología y pensar ecológicamente. Los problemas ecológicos no pueden ser relegados a una disciplina separada a la que se le asigna responsabilidad exclusiva a la que se le asigna responsabilidad exclusiva del entorno físico. El pensamiento ecológico es un proceso, una cosmovisión, un conjunto

de principios, una conciencia que debe afectar todos los enfoques de la investigación y la práctica, si queremos sobrevivir. Siguiendo la distinción de Morito, la siguiente discusión no es sobre ecología desde una perspectiva del trabajo social, sino más bien, el énfasis está en la importancia de que nuestra profesión aprenda a pensar y actuar de manera ecológica si queremos tener relevancia para abordar las graves preocupaciones ambientales que ahora enfrenta la humanidad.

## CÓMO EL AMBIENTE SE CONVIRTIÓ EN EL MEDIO SOCIAL

Al sentar las bases conceptuales de la nueva profesión del trabajo social, Mary Richmond (1922) reconoció el entorno físico como una consideración contextual importante para la práctica, pero percibió su importancia únicamente en términos de sus aspectos sociales, afirmando que el entorno físico “se vuelve parte del entorno social” en la medida en que “frecuentemente tiene sus aspectos sociales” (p.99). Desde el principio, la profesión de trabajo social se sintió más cómoda usando lentes de las ciencias sociales para ver el ambiente en lugar de las perspectivas desde las ciencias físicas o naturales. ¿Qué sucedió después cuando la profesión adoptó una perspectiva ecológica desde las ciencias naturales? Esta perspectiva ecológica fue distorsionada para reafirmar el énfasis de la profesión en el entorno social. Considere el trabajo de Gordon (1969) que llamó la atención sobre el recientemente declarado “enfoque dual simultáneo en el organismo y el ambiente” (p.6), una declaración desde la perspectiva ecológica, quizás en su forma más pura. Sin embargo, Gordon inmediatamente pasó a declarar sus suposiciones de que el organismo sería “interpretado por la teoría psicológica”, mientras que el ambiente sería “interpretado por teoría sociológica y económica” (p.6). Similar al trabajo de Richmond, aquí había otra dirección clara hacia el entendimiento del ambiente exclusivamente en términos sociales. Gordon (1981) afirmó más tarde que “el objetivo final del trabajo social es lograr un equilibrio entre las realidades de las capacidades de una

persona y la situación social de una persona” (p.136), sin mencionar en absoluto el entorno físico.

Al desarrollar esta perspectiva ecológica en un enfoque de sistemas funcionales para el trabajo social, Pincus y Minahan (1973) propusieron cuatro sistemas básicos para la práctica, los cuales eran todos sociales (el sistema del agente de cambio; el sistema del cliente; el sistema objetivo y el sistema de acción). Desde la perspectiva de estos sistemas, “el enfoque de la práctica del trabajo social está en las interacciones entre las personas y los sistemas en el entorno social” (p.3) con el objetivo de restaurar el equilibrio dentro de los sistemas sociales inmediatos donde había existido alguna alteración. Las consideraciones del entorno físico estaban más allá del alcance de este enfoque. A partir de estos fundamentos, se estableció un patrón en la literatura principal sobre el trabajo social, según el cual el entorno se transformaría en el entorno social, con el entorno físico desapareciendo por completo. No se ofrecería ninguna justificación o explicación adecuada, y en general, el cambio pasó desapercibido o inadvertido. Considere algunos ejemplos.

Yelaia (1985) presentó la metáfora ecológica como una influencia importante en el trabajo social con su énfasis en “las relaciones recíprocas entre el individuo y el ambiente y la adaptación continua de la persona y el ambiente entre sí” (p.29). Sin embargo, la siguiente oración declaraba que “el crecimiento y desarrollo humano cambian constantemente con relación al entorno social - y el entorno social cambia en respuesta a factores humanos” (p.29). Note el cambio. En dos oraciones el “entorno” se convirtió en el “entorno social”. El entorno físico había desaparecido sin explicación, eliminado efectivamente de la ecuación ecológica.

Miley, O’Melia, and DuBois (2004) establecen de manera similar una visión prometedora de las transacciones entre las personas y sus entornos, explicando cómo “las personas afectan su entorno y, de la misma manera, el entorno social y físico afecta a las personas” (p.34). Sin embargo, en la misma página se reafirma “el enfoque del trabajo social en la funcionalidad

social” que presentaron como el equilibrio entre los esfuerzos de afrontamiento y las demandas del “entorno social”. Una vez más, el entorno físico fue descartado sin explicación.

Heinonen y Spearman (2006) explicaron que “el enfoque principal del trabajo social no debería estar en las fuerzas psicológicas, el entorno o la estructura social, sino en la interfaz o relación entre la persona y el entorno social” (p.182). En una sola oración, la triada de persona, entorno y estructura social se convirtió en la dualidad de la persona y el entorno social. Si bien este fue un ejemplo interesante y relativamente rápido del cambio familiar, posiblemente el ejemplo más eficiente proviene de un libro de práctica generalista de Hull, Jr. y Kirst-Ashman (2004). Debajo de la entrada del índice para “ambiente” (p. 483), simplemente dice “Ver entorno social”. ¡El entorno físico desapareció en sólo cuatro palabras!

No todos los autores de trabajo social dejaron el entorno físico completamente atrás. Una minoría declaró al entorno físico como un componente integral de su cosmovisión y base para la práctica. Lamentablemente, muchas de estas declaraciones se vieron socavadas rápidamente por no tener total apoyo al ambiente en aplicaciones posteriores. El lenguaje ecológico es frecuentemente usado sólo como un escaparate para los enfoques convencionales que posteriormente ignoran el entorno físico en sus herramientas de evaluación y modelos de práctica. Una vez más, los ejemplos seleccionados ilustran el patrón. Considere el libro de Neugeboren (1996) con el prometedor título *Environmental Practice in the Human Services* (“Práctica Ambiental en los Servicios Humanos”, en español) incluye sólo un párrafo (p. 251) que lidia directamente con el entorno físico, y éste estaba completamente enfocado en el espacio físico de la agencia (con mención de patrones de iluminación, superficies antideslizantes, características de seguridad y longitud del pasillo).

Incluso cuando el entorno físico es presentado conceptualmente como una consideración importante para el trabajo social, rara vez logra ser parte del modelo diagramado de

práctica. Lehmann y Coady (2001) definieron el entorno de un cliente como “cualquier aspecto del entorno físico, social y cultural, y más importante aún variará con el individuo, el tiempo y la geografía” (p. 72). El entorno físico aquí era un componente integral del entorno general para la práctica del trabajo social y una variable potencial que influye en la actividad humana. Sin embargo, por alguna razón inexplicable, el diagrama que acompaña a esta perspectiva ecológica etiquetaba los contextos sociales y culturales ignorando por completo el entorno físico. Sheafor y Horejsi (2006) similarmente definieron el ambiente en términos generales como “el entorno de uno - la multitud de estructuras físicas y sociales, fuerzas, y procesos que afectan a los humanos y a todas las otras formas de vida” (p. 9) pero luego hizo la distinción entre el “entorno inmediato” definido en términos de sistemas sociales, y el “entorno distante” el cual incluye características de “aire limpio, agua potable, refugio y buena tierra para producir alimentos” (p. 9). Sin motivo aparente, la naturaleza fue relegada a la distancia como fondo. Tres páginas después, el modelo ilustrado de práctica presentaba un trasfondo etiquetado sólo como “el entorno social” (p. 12) sin ninguna mención del entorno físico. ¡Del centro al fondo y a la oscuridad en tres páginas!

Si el entorno físico es constantemente eliminado de los modelos de práctica en diagrama, no es de extrañar que las herramientas de evaluación que se ofrecen en los libros de práctica general se concentren principalmente en aspectos del funcionamiento social, las redes y los roles sociales. Los instrumentos, hojas de trabajo, y programas de entrevistas que se ofrecen para realizar evaluaciones de la persona en el ambiente generalmente no incluyen elementos del entorno físico (Compton, Galaway, & Cournoyer, 2005; Garvin & Seabury, 1997; Gilgun, 2005; Poulin, 2005; Sheafor & Horejsi, 2006). La organización de datos para una evaluación utilizando genogramas y ecomapas limitan la visión al entorno social. De poco sirve declarar que el mundo natural es una parte integral del contexto ambiental de una persona si las herramientas de evaluación utilizadas no son capaces de reconocer o incorporar estos

aspectos.

Zastrow (2004) presentó las amenazas al mundo natural y la calidad de vida humana asociada dentro del alcance del ambientalismo, pero no del trabajo social. Quizás ésta es la consecuencia lógica de percibir el medio como un entorno social: los trabajadores sociales se preocupan del entorno social mientras que los ambientalistas deben abordar los problemas del entorno natural. Por supuesto, algunos trabajadores sociales pueden ser ambientalistas, pero no necesariamente. Volviendo a la terminología de Morito (2002), este es un ejemplo de pensar sobre ecología en lugar de pensar ecológicamente.

## RECUPERANDO EL AMBIENTE EN EL TRABAJO SOCIAL

Aunque es relativamente raro, hay casos en la literatura de intentos decididos de poner los problemas ambientales en el centro de la teoría y la práctica del trabajo social.

Hace casi treinta años, Germain (1981) alertó que la profesión estaba distorsionando la perspectiva ecológica al dejar el entorno físico sin explorar “como un escenario estático en el que los eventos y procesos humanos ocurren casi, sino del todo, independientemente de las cualidades de su entorno físico” (p. 104). Abogó por comprender el entorno físico tanto en términos del mundo natural como del mundo construido, texturizado por los ritmos del tiempo y las consideraciones de la ubicación espacial. Escribiendo al mismo tiempo, Weick (1981) también denunció el enfoque del trabajo social en el comportamiento humano en descuido del entorno físico. El propuso una matriz dinámica de entornos internos y externos necesarios para entender e influenciar el comportamiento humano.

Entre 1992 y 1995, la revista NASW Social Work publicó cuatro artículos en los que se abogaba por la inclusión del entorno físico en el ámbito del trabajo social. Al describir la literatura sobre trabajo social dedicada al entorno físico como “escasa” (p. 391), a Gutheil

(1992) le preocupaba que este descuido pudiera resultar en negligencias en el entorno físico por parte de los trabajadores sociales al realizar evaluaciones. Al año siguiente, Hoff y Polack (1993) consideraron la interacción humana/ambiente desde el otro lado. En lugar de observar cómo el ambiente influye en la actividad humana, enfatizaron “la amenaza humana a la viabilidad del ambiente” (p. 208) que, según ellos, había sido ignorada en la literatura sobre el trabajo social. Más tarde ese mismo año, Berger y Kelly (1993) también pidieron que el modelo ecológico del trabajo social se extendiera “a una plena conciencia del rol de los humanos tanto en los ecosistemas biológicos como sociales” (p. 524). Con el argumento de que los valores fundamentales de la profesión también deberían ampliarse para apoyar esta nueva dirección, desarrollaron un credo ecológico de doce puntos para trabajadores sociales (p. 524-525). Dos años más tarde, Berger (1995) expresó una vez más la solicitud en un provocativo artículo que aplicaba la etiqueta “Síndrome de destrucción del hábitat” a una enfermedad global en la que “la raza humana se involucra colectivamente en prácticas que dañan el ambiente y aseguran nuestra eventual autodestrucción” (p. 441). El argumento persuasivo fue que nos hemos vuelto insensibles a las amenazas a nuestro ambiente e inmovilizados por el temor de que el problema sea muy grande para manejarlo. Suponiendo que la destrucción del hábitat necesita entenderse como la “mayor amenaza para nuestro bienestar social”, Berger volvió a preguntar por qué no “agregamos el activismo social a la lista de preocupaciones de bienestar social del trabajo social” (p. 443).

En 1994, Hoff y McNutt publicaron un libro llamado *The Global Environmental Crisis: Implications for Social Welfare and Social Work* (“La crisis global ambiental: implicaciones para el bienestar social y el trabajo social”, en español). Motivados por las amenazas ambientales que enfrenta la humanidad, los autores comenzaron con la premisa de que el bienestar humano y ambiental están “indisolublemente ligados” (p. 2). Hoff y McNutt (1994) argumentaron que el trabajo social y otras profesiones tendrán que ir más allá de los obsoletos objetivos de bienestar individual y social para adoptar

nuevos modelos orientados más hacia la sustentabilidad y la protección del ambiente. Esta posición recibió un gran apoyo en una declaración política posterior de la Asociación Nacional de Trabajadores Sociales (2000):

La protección de las personas y el ambiente natural mediante el desarrollo sustentable es, posiblemente, la máxima realización de la perspectiva de la persona en el ambiente. La compatibilidad del desarrollo sustentable y la perspectiva de la persona en el ambiente es una base teórica firme desde la cual aplicar la práctica del trabajo social a nivel macro a los problemas de la persona y el ambiente natural. (p. 105).

Gamble y Weil (1997) y Gorobets (2006) buscaron poner la noción de desarrollo sustentable en el corazón de la teoría de desarrollo comunitario y la práctica del desarrollo local. Un trabajo similar de Finlandia promovió un nuevo “enfoque eco-social” para el trabajo social (Matthies, Nahri, & Ward, 2001; Narhi, 2004). En su libro *Ecology and Social Work: Toward a New Paradigm* (“Ecología y Trabajo Social: Hacia un nuevo paradigma”, en español), Coates (2003) argumentó que el enfoque occidental en el individuo y la competencia nos ha dejado ciegos e indiferentes a nuestra conexión con el mundo natural. Su nuevo paradigma exige que el trabajo social se convierta en un actor importante en la transformación de la sociedad hacia la conciencia global y el bienestar ambiental.

Graham, Swift y Delaney (2009) pusieron de manera similar el “imperativo ambiental” claramente a la cabeza de la lista de temas esenciales que darán forma a la política social en el siglo XXI, observando que la profesión de trabajo social perdió el rumbo al aplicar la teoría ecológica sólo a los problemas de las personas y sus contextos sociales. La centralidad del entorno físico en la práctica a un nivel macro recibe otro impulso en un reciente libro titulado *Human Behavior and the Social Environment:*

## Macro Level-Groups,

Communities, and Organizations (“Comportamiento Humano y el Entorno Social: Nivel Macro - Grupos, Comunidades y Organizaciones”, en español) (vanWormer, Besthorn, & Keefe, 2007) el cual incluye un capítulo completo dedicado a “Human Behavior and the Natural Environment: The Community of the Earth” (“Comportamiento humano y el entorno natural: La comunidad de la Tierra”, en español) (pp. 222-262). Aquí, en un libro sobre trabajo social convencional, hay discusiones sobre la biodiversidad, el calentamiento global, la guerra, y el consumismo presentados como desafíos para el planeta y nuestra profesión.

## VOCES AL MARGEN DEL TRABAJO SOCIAL: ENTORNO Y LUGAR

Si bien las nociones de protección, sustentabilidad y lugar pueden ser nuevas para la profesión convencional, tienen cierta posición al margen del trabajo social. Es fundamental para la práctica rural y remota la comprensión del contexto, de la localidad, del lugar y sus poderosas implicaciones para la identidad humana, la actividad y la resolución de problemas. En los entornos rurales, una historia y un estilo de vida compartidos conduce a una identidad rural arraigada en un sentido de pertenencia y un profundo apego al lugar (Collier, 2006; Ginsberg, 1998; Schmidt, 2005; Stuart, 2004; Zapf, 2002). ¿Cómo afecta esta noción rural de “lugar” a la práctica del trabajo social? El trabajo social no es algo creado en otro lugar y luego hecho o impuesto en áreas rurales o remotas. Se crea o se hace en cada lugar (Cheers, 2004).

Gran parte de la literatura en desarrollo sobre espiritualidad y trabajo social hace referencia a la influyente definición de espiritualidad de Canda (1988) como “la búsqueda humana de un significado personal y relaciones mutuamente satisfactorias entre las personas, el entorno no humano, y para algunos, Dios” (p. 243). La amplia noción original de Canda de espiritualidad ha sido frecuentemente reducida en la literatura sobre trabajo social a simplemente una cualidad o

característica interna del individuo, nuevamente sin una explicación adecuada (Zapf, 2005). Una década después de contribuir con la definición fundamental, Canda (1998) hizo un llamado al trabajo social a revisar el concepto de la persona en el ambiente “de manera dramática” porque la persona “no es separable” (p. 103) del entorno natural. Canda y Furman (1999) desafiaron aún más a la profesión a reconsiderar “¿qué es la persona en su totalidad y qué es el entorno en su totalidad?” (p. 194).

De acuerdo con la amplia definición de espiritualidad de Canda (1988), la ecología profunda claramente rechaza las divisiones entre los mundos humano y no humano, y sugiere en cambio que la identidad humana derive de una conciencia ecológica. Rosenhek (2006) lo expresó de manera simple: “En pocas palabras, el profundo movimiento ecológico nos recuerda que venimos de la Tierra, somos de la Tierra y no estamos separados de ella” (p. 91). La ecología profunda promueve armonía y conexión entre todas las formas de vida, una dependencia mutua en lugar de la dominación humana del mundo natural para obtener beneficios económicos. Diversos ecosistemas tienen un valor intrínseco más allá de su utilidad económica para los recursos extraíbles. Como explica Ungar (2002), “la diversidad, la complejidad y la simbiosis son lo mejor para nosotros” (p. 486). Desde la perspectiva de la ecología profunda, “la práctica del trabajo social debe abordar los problemas que surgen de la excesiva y destructiva interferencia humana en la naturaleza” (van Wormer, Besthorn, & Keefe, 2007, p. 249).

En la sociedad occidental, tendemos a ver al entorno físico como algo separado de nosotros mismos, como una cosa objetiva, como una mercancía a desarrollar, comercializar, desperdiciar o explotar, como una unidad económica, como una propiedad. La cosmovisión occidental dominante ha sido descrita como “hostil para la naturaleza” (Spretnak, 1991, p. 102) y antagónica a cualquier concepto de individualidad más allá del individualismo. En contraste, la metáfora fundamental del conocimiento tradicional aborígen se ha caracterizado en la literatura como una

perspectiva de “yo soy yo y el ambiente” (Ortega y Gasset, 1985). Suopajarvi (1998) lo explicó de esta forma: “Yo no estoy en el lugar, sino que el lugar está en mí” (p. 3), similar a la observación de Cajete (2000) de que “somos el universo y el universo somos nosotros” (p. 60). Cuando los habitantes de una región han estado allí por muchas generaciones, su identidad incorpora el lugar y su relación con él. A través de este proceso, las identidades culturales aborígenes se vinculan “directamente con la tierra y al concepto de lugar” (McCormack, 1998, p. 28). Graveline (1998) habló sobre un vínculo directo entre “espacio geográfico y cosmovisión” (p. 19). Cajete (2000) llamó a este vínculo “geopsiquis” (p. 187) por el cual las personas asumen rasgos de un lugar en particular que han ocupado por un largo tiempo, y el lugar asume rasgos humanos, en un proceso continuo de co-creación.

Desde el campo del trabajo social internacional surge un concepto global de ciudadanía ambiental que está “motivada por principios de sustentabilidad y sensibilidad al orden natural” (Drover, 2000, p. 33) y sirve como vínculo entre la justicia social y la ecología (Latta, 2007). Debido a que la protección del ambiente requiere de acción colectiva a nivel global, la noción de ciudadanía ambiental global va más allá del individualismo, nacionalismo y los derechos de una generación. El Informe Brundtland (United Nations, 1987) ofreció una definición simple pero poderosa de desarrollo sustentable como “desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones de satisfacer sus propias necesidades” (p. 43). Una Declaración de Política Internacional sobre Globalización y Ambiente de la Federación Internacional de Trabajadores Sociales (IFSW, 2004) hace un llamado a los trabajadores sociales individuales y a sus organizaciones a reconocer:

La importancia del entorno natural y construido para el entorno social, para desarrollar responsabilidad ambiental y cuidado del medio ambiente en la práctica y gestión del trabajo social hoy y para futuras generaciones, trabajar con otros profesionales para aumentar nuestro

conocimiento y así con grupos comunitarios desarrollar habilidades y estrategias de defensa para trabajar hacia un medio ambiente más saludable y asegurar que los problemas ambientales adquieran una mayor presencia en la educación del trabajo social (párrafo 15).

## VOCES DE OTRAS DISCIPLINAS: NOCIONES DE LUGAR AMPLIADAS

Las disciplinas fuera del trabajo social ofrecen perspectivas y conceptos intrigantes de sus experiencias con las interacciones entre las personas y el entorno físico. Del mundo del arte surgen expresiones visuales de encuentros con paisajes físicos y un registro histórico, conservado en imágenes visuales, de formas de pensar la tierra (Evernden, 1985). La opción cinematográfica de contar un lugar más que contar una historia desafía nuestras nociones culturales del lugar como un mero escenario (Wenders, 2001). Los teóricos de la música explican el proceso de creación del espacio a través de la narrativización, actuaciones locales y expresiones de conocimientos y ritmos locales (Whiteley, 2004). La música también se ha relacionado con el movimiento intencional a través del espacio, y a través de procesos tales como paisajes sonoros, líneas de canciones y vías musicales (Chatwin, 1987; Shelemay, 2001). Al explorar el vínculo entre el vino y el lugar a través del desarrollo de vinos de terroir, la viticultura intenta capturar el valor posicional o el “somewhereness” (características que se le imparten a un vino por haber sido producido en un lugar específico) en una botella (McGee y Patterson, 2007).

La psicología ambiental ha estado explorando activamente las interrelaciones entre los ambientes y el comportamiento humano, con énfasis en los esfuerzos multidisciplinarios para comprender el significado de los lugares (Bonnes y Bonaiuto, 2002). La disciplina de la sociología ha estado explorando un sentido encarnado de lugar, habitus y las implicaciones para las oportunidades de la vida local (Hillier y Rooksby, 2005). El diseño ambiental está

involucrado con la comprensión del lugar como un concepto y luego aplicando este conocimiento a través de la creación activa de lugares para crear comunidades habitables y sustentables (Architecture for Humanity, 2006). Las influencias mutuas entre las personas y el planeta también son un foco de estudio en la geografía humana incorporando discusiones sobre pertenencia, identidad y apego al lugar (Norton, 2004). Los conceptos de lealtad y arraigo de la comunidad han llevado a enfoques de educación basada en el lugar, conectando activamente a los estudiantes con problemas locales, tanto ambientales como sociales. Un enfoque preocupado en las personas y el lugar ha entregado una nueva visión de la educación para aprender a vivir bien en un lugar, muy diferente del objetivo de larga data de lograr credenciales sin contexto (Haas y Nachtigal, 1998; Orr, 1994).

A través de todas estas áreas de estudio fuera del trabajo social, (particularmente en las disciplinas aplicadas), son evidentes tres temas comunes. El primero es la aceptación del lugar como concepto fundamental que integra la actividad humana con el entorno físico. La segunda es una visión de la sustentabilidad lograda a través de procesos como la protección, el mantenimiento de la tierra y el vivir bien en el lugar. La tercera es la creencia de que se necesitan respuestas multidisciplinarias para afrontar los desafíos de las crisis ambientales que hemos creado.

## LENGUAJE Y DISFLUENCIA

En un ensayo muy personal sobre cómo lidiar con un impedimento del habla (tartamudeo), Zalitak (2005) escribió sobre un patrón que llamó “disfluencia”. En situaciones estresantes cuando la autora temía no poder expresar de manera clara lo que realmente quería decir, recurría a viejos patrones familiares. El miedo a fracasar, a tropezar, a parecer incapaz, todo combinado para hacer que se retraiga de patrones y palabras fáciles en lugar de correr el riesgo de seguir adelante con la difícil expresión de nuevas ideas. Se podría argumentar que la disfluencia ha sido un patrón en el trabajo social cuando hemos

intentado hablar o escribir de nuevas formas sobre el entorno físico, pero pronto volvemos a viejos patrones y palabras fáciles (por ejemplo, limitando el entorno al entorno social). Las conferencias de trabajo social pueden reforzar esta falta de fluidez invitando a ponencias sobre temas familiares predeterminados y, al mismo tiempo, estableciendo el lenguaje que se utilizará en la discusión. Las palabras y expresiones de nuestro discurso académico convencional pueden no ser adecuadas para captar algunas de las nociones holísticas de equilibrio, pertenencia y espiritualidad que surgen al explorar las relaciones entre las personas y el mundo natural.

El mismo idioma inglés basado en sustantivos podría estar limitando nuestros esfuerzos para expresar conexiones con el entorno natural. Las lenguas aborígenes tienden a basarse en verbos (Cajete, 2000; Witherspoon, 1977), lo que expresa un acto activo y continuo de co-creación con la Tierra. El trabajo social parece tener dificultades para incorporar esta dimensión espiritual en los enfoques del idioma inglés para expresar la relación entre las personas y el ambiente. Por ejemplo, Battiste y Henderson (2000) argumentaron que el término inglés *nature* (naturaleza) no llega a la expresión Mi'kmaq: *kisu'lk mlkikno'tim*, que se traduce más como “lugar de creación” (p. 77). El mundo natural se entiende cómo en constante transformación, un reino que debe ser respetado y experimentado a través de conexiones y relaciones en lugar de un estudio desapegado. El enfoque de sanación de Colorado (1991) implicó encontrarse con clientes en Gii Lai, “el quieto lugar silencioso” en inglés, y trabajar allí con las energías de la tierra. El término Cree “*pimatisiwin*”, traducido por Hart (2002) como “la buena vida” y por Castellano (2006) como “estar bien vivo”, implica la observancia de toda la naturaleza y una reconexión con la tierra. McGaa (1990) ofreció la expresión de Lakota Sioux “*Mitakuye Oyasin*” para capturar nuestra relación con todas las cosas. Esta sensación de un gran misterio que habita en todo (interrelaciones activas y responsabilidades entre los seres humanos y el mundo natural) se ha transmitido a través del término Blackfoot “*Ao'tsisstapitakyo'p*” (Bastien, 2004), la frase Navajo *ho'zho'* (Cajete,

2000), y el término algonquino “mntu” (Battiste y Henderson, 2000). Todos estos términos aborígenes de la literatura de curación exigen una apreciación del misterio y las energías presentes en todas partes en un entorno natural en constante cambio.

Los problemas ambientales/espirituales, posiblemente percibidos como no científicos o difíciles de categorizar y usar en la práctica, podrían resultar incómodos para una profesión que busca mejorar su estatus como una disciplina legítima basada en evidencia. El pensamiento ecológico es “holístico, receptivo, confiado, en gran parte no manipulador, profundamente arraigado en la intuición estética” y guiado por “la intuición casi sensual de las armonías naturales en la mayor escala” (Roszak, 1972, p. 400). Según Morito (2002):

Hasta cierto punto, se sacrifica la claridad conceptual cuando se tienen en cuenta elementos holísticos/no-mecanicistas en las explicaciones de los procesos de los ecosistemas... es inevitable una cierta confusión en la forma en que los todos son causalmente efectivos. No podemos modelar tales relaciones causales sobre el comportamiento de las bolas de billar ni predecir, de una manera matemáticamente rigurosa, como opera la causalidad holística. (pág.76)

## PERSONA JUBILADA EN EL AMBIENTE

Como un caballo de Troya, la metáfora ecológica del trabajo social de la persona en el ambiente contiene serias limitaciones ocultas dentro de la misma expresión. Las palabras y la estructura gramatical sugieren una relación dominante/subordinada entre dos entidades separadas y distintas. Han habido llamados ocasionales en la literatura sobre trabajo social para repensar nuestro concepto de persona en el ambiente. Sin embargo, como profesión arraigada en el idioma inglés y preferencia académica por la

deconstrucción y el análisis, hemos tendido a responder al desafío tratando de aprender aún más sobre la “persona” o el “entorno”. Como polillas a una llama, nos atraen los sustantivos como nuestro enfoque. Continuamos dividiendo estas entidades en más componentes etiquetados y subcategorías para su análisis. En los escenarios establecidos de debate y discusión de nuestra profesión, recaemos en nuestras palabras fáciles; nos aferramos a nuestra “persona en el ambiente”. A través de este proceso de disfluencia, evitamos hablar de nuestra relación y responsabilidades con el mundo natural de una manera significativa, a pesar de que los problemas ambientales han surgido como una prioridad para la sociedad en general.

La metáfora de la persona en el ambiente ha logrado muchas cosas positivas en el trabajo social. Nos ayudó a integrar varios niveles de práctica (trabajo de casos, trabajo en grupo, trabajo familiar, trabajo organizativo y comunitario) en una profesión relativamente unificada. La persona en el ambiente enfatizó la naturaleza transaccional de nuestro trabajo, más allá de arreglar a las personas de forma aislada. Se nos animó a analizar las relaciones intergrupales, los problemas de opresión, racismo y empoderamiento. Sin embargo, también ha habido desventajas en la metáfora de la persona en el ambiente y puede ser el momento de cuestionar su continua prominencia. La tendencia de la profesión a limitar la noción amplia de ambiente para enfocarse solo en los ambientes sociales inhibe seriamente nuestra capacidad para involucrarnos con preocupaciones ambientales urgentes. Es hora de seguir adelante, de retirar a la persona en el ambiente como metáfora fundamental del trabajo social para el siglo XXI. Si simplemente nos detenemos para agregar preocupaciones ambientales solo al nivel de nuestros marcos conceptuales, estaremos nuevamente pensando en la ecología en lugar de pensar ecológicamente (Morito, 2002).

¿Hacia dónde nos dirigimos desde aquí? Aquellos que nos iban a empujar en nuevas direcciones hablan de procesos tales como la creación de lugares, la localización de

caminos, el mantenimiento de la tierra, la orientación y la narración de lugares. Algunos han combinado palabras familiares de nuevas formas para expresar conceptos basados en el lugar, como alfabetización ecológica, centrarse en la naturaleza, vivir atentamente en el lugar u oportunidades de vida local. Estos conceptos holísticos y basados en relaciones suelen ser confusos, intuitivos, imprecisos y multidisciplinarios, cualidades que tienden a ser rechazadas por la academia y las profesiones occidentales. Sin embargo, la noción de lugar parece estar emergiendo como un elemento central de varias disciplinas.

¿Qué sucede si reemplazamos “ambiente” por “lugar” en la metáfora? “Lugar” combina la ubicación y el entorno físico con carácter, significado y significación emocional para las personas; es un concepto multidisciplinario que une el mundo natural con la historia, las actividades y las aspiraciones humanas. “Lugar” es un concepto interactivo y holístico. Los componentes sociales no se pueden extraer fácilmente del “lugar” para su consideración por separado (como fue el caso del “ambiente”).

La “persona” de la persona en el ambiente implicaba un enfoque en los individuos. El trabajo social tiene técnicas para involucrar a grupos y comunidades, pero se podría argumentar que la práctica individual ha asumido históricamente una prioridad general. Esto podría ser un problema porque las amenazas ambientales actuales exigen una respuesta comunitaria. Hawley (1986) nos advirtió que una relación sustentable con el mundo natural no se puede lograr a través de las acciones de individuos que trabajan de manera independiente porque “la adaptación es un proceso colectivo más que individual” (p. 12). Pensar ecológicamente implica pensar en “personas” en lugar de en la “persona” individual.

Ahora que tenemos los sustantivos, ¿qué palabra expresa mejor la conexión, la relación entre “personas” y “lugar” que es fundamental para una profesión relevante en el siglo XXI? La preposición actual “en” (“in”, en inglés) es defectuosa porque transmite una relación dominante/subordinada que relega a un

segundo plano como modificador. Algunos han sugerido la preposición “de” (“of”, en inglés) porque introduce un sentido de pertenencia (gente de lugar); otros han sugerido “con” (“with”, en inglés) para transmitir una asociación colaborativa (personas con lugar). Sin embargo, ambas sugerencias perpetúan la suposición de dos entidades separadas. Según los conceptos holísticos presentados en la literatura aborigen sobre trabajo social, la mejor opción podría ser la preposición simple pero poderosa “como” (“as”, en inglés). Una expresión de personas como lugar transmite unidad y holismo que nos lleva de inmediato a preocupaciones de sustentabilidad y protección.

Visto dentro de un paradigma o metáfora de las personas como lugar, los humanos no pueden entenderse separados del mundo natural. Un objetivo importante del trabajo social en este momento, según Coates (2003), es “ayudar a lograr una transformación de la sociedad en una con una visión y mandato que reconozca que estamos íntima y simbióticamente conectados con la naturaleza y todas las personas” (pág.97). La salud y el bienestar humanos están relacionados con la salud y el bienestar ambientales. Los entornos no son simplemente telones de fondo sin vida para la actividad humana, como tampoco las personas son meros actores temporales en un sistema natural en curso. Estamos entrelazados con el mundo natural en un proceso continuo de co-creación. El desarrollo humano no puede separarse de la administración de la tierra. En definitiva, somos nuestro entorno: las personas como lugar.

Si se aceptara a las personas como lugar como metáfora fundamental, ¿cómo serían los modelos de trabajo social resultantes? Cuando el mundo se entiende como un proceso de co-creación continua que involucra a las personas y al mundo natural, ¿cuál es nuestro ideal, nuestra visión? ¿Qué estamos tratando de lograr? El propósito social de tal modelo ecológico podría expresarse simplemente como “vivir bien en un lugar”. Como hemos visto, ya se han realizado algunos trabajos preliminares sobre esta noción de “vivir bien en el lugar” en otras disciplinas, principalmente la educación

(Orr, 1992). Ya se han identificado muchos aspectos: vivir bien ecológicamente, vivir bien políticamente, vivir bien económicamente, vivir bien espiritualmente y vivir bien en comunidad (Haas & Nachtigal, 1998). Esta idea de vivir bien en un lugar integra justicia social con justicia ambiental, derechos humanos con derechos ambientales y responsabilidades humanas con responsabilidades ambientales. Obviamente, la sustentabilidad dinámica es un factor clave para vivir bien en un lugar; de lo contrario, corremos el riesgo de perder el espacio mismo al que se adjuntan nuestros significados, identidad y supervivencia. Vivir bien en un lugar es un proceso y no un estado final.

La actual generación de profesionales del trabajo social y constructores de conocimiento ha operado durante más de treinta años con modelos de práctica basados en una metáfora

de la persona en el ambiente. Sin embargo, han habido grandes cambios desde que adoptamos esa metáfora. Ahora nos enfrentamos a la formidable “verdad inconveniente” (Gore, 2006) del cambio climático y otras amenazas ambientales a nuestra propia existencia, amenazas que no fueron consideradas o ni siquiera anticipadas cuando construimos nuestros modelos de práctica. Es posible que esos modelos ya no sean adecuados para hacer frente a los desafíos que enfrentan las sociedades de hoy y el planeta mismo. Coates (2003) lo expresó muy claramente: “El trabajo social tiene la opción de continuar apoyando un orden social contraproducente o recrearse a sí mismo para trabajar por una sociedad justa y sustentable” (p. 159). Una nueva metáfora fundamental de las personas como lugar podría ayudarnos a concentrarnos en la tarea crucial de vivir bien en este planeta.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Architecture for Humanity (Eds.) (2006). Design like you give a damn: Architectural responses to humanitarian crises. London: Metropolis Books (Thames & Hudson).
- Bastien, B. (2004). Blackfoot ways of knowing: The worldview of the Siksikaitstapi. Calgary: University of Calgary Press.
- Battiste, M. & Henderson, J.Y. (2000). Protecting Indigenous knowledge and heritage: A global challenge. Saskatoon: Purich.
- Berger, R.M. (1995). Habitat destruction syndrome. *Social Work*, 40(4), 441-443.
- Berger, R. M., & Kelly, J. J. (1993). Social work in the ecological crisis. *Social Work*, 38(5), 521-526.
- Bonnes, M., & Bonaiuto, M. (2002). Environmental psychology: From spatial-physical environment to sustainable development. In R.B. Bechtel (Ed.), *Handbook of environmental psychology* (pp. 28-54). New York: John Wiley & sons.
- Cajete, G. (2000). *Native science: Natural laws of interdependence*. Santa Fe: Clear Light Publishers.
- Canda, E.R. (1988). Spirituality, diversity, and social work practice. *Social Casework*, 69(4), 238-247.
- Canda, E.R. (1998). Afterword: Linking spirituality and social work: Five themes for innovation. In E.R. Canda (Ed.), *Spirituality in social work: New directions* (pp. 97-106). New York: Haworth Press.
- Canda, E.R., & Furman, L.D. (1999). *Spiritual diversity in social work practice: The heart of helping*. New York: Free Press.

Castellano, M. (2006). Ethics and excellence in Aboriginal research. The Honourable Justice Michael O'Byrne/AHFMR Lecture in Law, Medicine, and Ethics (April 16). University of Calgary.

Chatwin, B. (1987). *The songlines*. New York: Penguin Books.

Cheers, B. (2004). The place of care – rural human services on the fringe. *Rural Social Work*, 9, 9-22.

Coates, J. (2003). *Ecology and social work: Toward a new paradigm*. Halifax: Fernwood.

Collier, K. (2006). *Social work with rural peoples (3rd ed.)*. Vancouver: New Star.

Colorado, P. (1991). A meeting between brothers – indigenous science. Interview with J. Carroll. *Beshara*, 13, 20-27.

Compton, B.R., Galaway, B., & Cournoyer, B.R. (2005). *Social work processes (7th ed.)*. Belmont: Brooks/Cole (Thomson Learning).

Drover, G. (2000). Redefining social citizenship in a global era. *Canadian Social Work Review*, 2(1), [Special Issue – Social Work and Globalization], 29-49.

Evernden, N. (1985). *The natural alien: Humankind and environment*. University of Toronto Press.

Gamble, D.N., & Weil, M.O. (1997). Sustainable development: The challenge for community development. *Community Development Journal*, 32(3), 210-222.

Garvin, C.D., & Seabury, B.A. (1997). *Interpersonal practice in social work: Promoting competence and social justice (2nd ed.)*. Needham Heights: Allyn & Bacon.

Germain, C.B. (1981). The physical environment and social work practice. In A.N. Maluccio (Ed.), *Promoting competence in clients: A new/old approach to social work practice* (pp. 103-124). New York: Free Press.

Gilgun, J.F. (2005). An ecosystemic approach to assessment. In B.R. Compton, B. Galaway, & B.R. Cournoyer (Eds.), *Social work processes (7th ed.)* (pp. 349-360). Belmont: Brooks/Cole – Thomson Learning.

Ginsberg, L.H. (Ed.) (1998). *Social work in rural communities (3rd ed.)*. New York: Council on Social Work Education (CSWE).

Gordon, W.E. (1969). Basic concepts for an integrative and generative conception of social work. In G. Hearn (Ed.), *The general systems approach: Contributions towards an holistic conception of social work* (pp. 5-11). New York: Council on Social Work Education.

Gordon, W.E. (1981). A natural classification system for social work literature and knowledge. *Social Work*, 26(2), 134-138.

Gore, A. (2006). *An inconvenient truth: The planetary emergency of global warming and what we can do about it*. New York: Rodale.

Gorobets, A. (2006). An eco-social approach to sustainable community development. *Community*

Development Journal, 41(1), 104-108.

Graham, J.R., Swift, K.J., & Delaney, R. (2009). *Canadian social policy: An introduction* (3rd ed.). Toronto: Pearson Education Canada.

Graveline, F.J. (1998). *Circle works: Transforming Eurocentric consciousness*. Halifax: Fernwood Publishing.

Gutheil, I.A. (1992). Considering the physical environment: An essential component of good practice. *Social Work*, 37(5), 391-396.

Haas, T., & Nachtigal, P. (1998). *Place value: An educator's guide to good literature on rural lifeways, environments, and purposes of education*. Charleston, West Virginia: Clearinghouse on Rural Education and Small Schools (Appalachia Educational Laboratory).

Hart, M.A. (2002). *Seeking mino-pimatisiwin: An Aboriginal approach to helping*. Halifax: Fernwood.

Hawley, A.H. (1986). *Human ecology: A theoretical essay*. University of Chicago Press.

Heinonen, T., & Spearman, L. (2006). *Social work practice: Problem solving and beyond* (2nd ed.). Toronto: Nelson (Thomson Canada).

Hillier, J., & Rooksby, E. (Eds.) (2005). *Habitus: A sense of place* (2nd ed.). Aldershot: Ashgate.

Hoff, M.D., & McNutt, J.G. (Eds.) (1994). *The global environmental crisis: Implications for social welfare and social work*. Aldershot: Ashgate

Hoff, M.D., & Polack, R.J. (1993). Social dimensions of the environmental crisis: Challenges for social work. *Social Work*, 38(2), 204-211.

Hull, G.H., Jr. & Kirst-Ashman, K.K. (2004). *The generalist model of human services practice*. Pacific Grove: Brooks/Cole - Thomson Learning.

IFSW. (2004). *International policy statement on globalization and the environment* (approved by IFSW 2004). Available [<http://www.ifsw.org>], retrieved March 2007.

Latta, A. (2007). Environmental citizenship: A model linking ecology with social justice could lead to a more equitable future. *Alternatives: Canadian Environmental Ideas & Action*, 33(1), 18-19.

Lehmann, P., & Coady, N. (2001). *Theoretical perspectives for direct social work practice: A generalist-eclectic approach*. New York: Springer.

Matthies, A.L., Nahri, K., & Ward, D. (eds.) (2001). *The eco-social approach in social work*. Jyväskylä (Finland): Sophi.

McCormack, P. (1998). Native homelands as cultural landscape: Decentering the wilderness paradigm. In J. Oakes, R. Riewe, K. Kinew, & E. Maloney (Eds.), *Sacred lands: Aboriginal world views, claims, and conflicts* (pp. 25-32). Edmonton: Canadian Circumpolar Institute (University of Alberta).

McGaa, E. (1990). *Mother Earth spirituality: Native American paths to healing ourselves and our world*. San Francisco: HarperSanFrancisco.

McGee, H., & Patterson, D. (2007, May 6). Talk dirt to me. *New York Times Living Magazine* (final edition), 76.

Meadowcroft, J. (2007). Building the environmental state: What the history of social welfare tells us about the future of environmental policy. *Alternatives: Canadian Environmental Ideas & Action*, 33(1), 11-17.

Miley, K.K., O'Melia, M., & DuBois, B. (2004). *Generalist social work practice: An empowering approach* (4th ed.). Boston: Pearson Education.

Morito, B. (2002). *Thinking ecologically: Environmental thought, values and policy*. Halifax: Fernwood.

Nahri, K. (2004). *The eco-social approach in social work and the challenges to the expertise of social work*. Doctoral dissertation, University of Jyväskylä (Finland). Available <http://dissertations.jyu.fi/studeduc/9513918343.pdf>

National Association of Social Workers (NASW). (2000). *Social work speaks: NASW policy statements*. Washington: NASW Press.

Neugeboren, B. (1996). *Environmental practice in the human services: Integration of micro and macro roles, skills, and contexts*. New York: Haworth Press.

Norton, W. (2004). *Human geography* (5th ed.). Don Mills: Oxford University Press.

Orr, D.W. (1992). *Ecological literacy: Education and the transition to a postmodern world*. Albany: State University of New York Press.

Orr, D.W. (1994). *Earth in mind: On education, environment and the human prospect*. Washington: Island Press.

Ortega y Gasset, J. (1985). *Meditations on hunting*. New York: Scribners.

Pincus, A., & Minahan, A. (1973). *Social work practice: Model and method*. Itasca: Peacock.

Poulin, J. (2005). *Strengths-based generalist practice: A collaborative approach* (2nd ed.). Belmont: Brooks/Cole - Thomson Learning.

Richmond, M. (1922). *What is social work?* New York: Russell Sage Foundation.

Rosenhek, R. (2006). Earth, spirit, and action: The deep ecology movement as spiritual engagement. *The Trumpeter: Journal of Ecosophy*, 22(2), 90-95.

Roszak, T. (1972). *Where the wasteland ends*. Garden City: Doubleday.

Schmidt, G. (2005). Geographic context and northern child welfare practice. In K. Brownlee & J.R. Graham (Eds.), *Violence in the family: Social work readings and research from northern and rural Canada* (pp. 16-29). Toronto: Canadian Scholars' Press.

Sheafor, B.W., & Horejsi, C.R. (2006). *Techniques and guidelines for social work practice* (7th ed.). Boston: Pearson Education.

- Shelemay, K.K. (2001) *Soundscapes: Exploring music in a changing world*. New York: Norton.
- Spretnak, C. (1991). *States of grace: The recovery of meaning in the postmodern age*. New York: Harper Collins.
- Stuart, P.H. (2004). Social welfare and rural people: From the colonial era to the present. In T.L. Scales & C.L. Streeter (Eds.), *Rural social work: Building and sustaining community assets* (pp. 21-33). Belmont: Brooks/Cole/Thomson Learning.
- Suopajarvi, L. (1998). Regional identity in Finnish Lapland. Paper presented at the Third International Congress of Arctic Social Sciences, Copenhagen, Denmark.
- Ungar, M. (2002). A deeper, more social ecological social work practice. *Social Service Review*, 76(3), 480-497.
- United Nations World Commission on Environment and Development (Brundtland Commission). (1987). *Our common future*. New York: Oxford University Press.
- Van Wormer, K., Besthorn, F.H., & Keefe, T. (2007). *Human behavior and the social environment: Macro level - groups, communities, and organizations*. New York: Oxford University Press.
- Weick, A. (1981). Reframing the person-in-environment perspective. *Social Work*, 26(2), 140-145.
- Wenders, W. (2001). A sense of place (talk at Princeton University). Available: [[www.wim\\_wenders.com/news\\_reel/2001/0103princeton.htm](http://www.wim_wenders.com/news_reel/2001/0103princeton.htm)]. Retrieved February 26, 2007.
- Whiteley, S. (2004). Introduction. In S. Whiteley, A. Bennet, & S. Hawkins, (Eds.), *Music, space and place: Popular music and cultural identity* (pp. 1-22). Aldershot: Ashgate.
- Witherspoon, G. (1977). *Language and art in the Navajo universe*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Yelaja, S.A. (1985). Concepts of social work practice. In S.A. Yelaja (Ed.), *An introduction to social work practice in Canada*. Scarborough: Prentice Hall.
- Zalitack, J. (2005, February 7). Over to you: I can say whatever I want. *Maclean's*, 118(6), 49.
- Zapf, M.K. (2002). Geography and Canadian social work practice. In F.J. Turner (Ed.), *Social work practice: A Canadian perspective* (2nd ed.) (pp. 69-83). Toronto: Pearson Education Canada.
- Zapf, M.K. (2005). The spiritual dimension of person and environment: Perspectives from social work and traditional knowledge. *International Social Work*, 48(5), 633-642.
- Zapf, M.K. (2009). *Social work and the environment: Understanding people and place*. Toronto: Canadian Scholars' Press.
- Zastrow, C. (2004). *Introduction to social work and social welfare: Empowering people* (8th ed.). Belmont: Thomson Brooks/Cole.